

LA IZQUIERDA DEMOCRATICA LATINOAMERICANA EN LA DOCTRINA Y EN LA PRACTICA: APRA Y ACCION DEMOCRATICA

I

INTRODUCCIÓN

A) *Los partidos políticos*

En el espectro político de América latina es factible advertir al presente tres tipos distintos de organizaciones partidistas. A un lado se encuentran los partidos tradicionales, comprometidos a mantener el *statu quo*, y constitutivos de una contumaz remanencia de las primeras corrientes de opinión surgidas a mediados del siglo pasado. Hacia el centro destacan los partidos de renovación nacional, los cuales aspiran a llevar a efecto reformas al amparo del espíritu nacionalista, que, ya sea en su aspecto cultural, político o económico ha sido un poderoso factor de cambio o estancamiento en la América latina (1). Al otro extremo cabe incluir a los conglomerados políticos de izquierda revolucionaria, cuyos idearios predicán en diversa medida la necesidad de operar un cambio sustancial en los fundamentos mismos de la sociedad.

Es oportuno aclarar de entrada que hemos limitado nuestra clasificación a verdaderas agrupaciones partidistas constituídas sobre la base de un programa y potencialmente capaces de llevar a efecto el mismo desde el Poder; no incluimos, consiguientemente, en el concepto partido político a las meras facciones o partidos de tipo personalista que el crudo caciquismo del pasado o el cesarismo democrático de hoy ha ido creando a lo largo de la accidentada historia de las veinte Repúblicas.

(1) Vid. A. P. WHITAKER: *Nationalism in Latin American, Past and Present*. Jacksonville. The Miller Press, 1962, págs. 22 y 23.

Procede asimismo señalar en este punto que la referida clasificación tiene un sentido esquemático, y como tal, adolece de omisiones. Obviamente sería posible distinguir otras especies de partidos políticos en la rica muestra que en algunos países se encuentra. América latina, se ha dicho con acierto, ha vivido entre regímenes que marginan los partidos políticos y sistemas que amparan y promueven la multiplicidad de ellos (2). El individualismo de la raza, o tal vez la atomización en comunidades agrarias de que hablara Frank Tannenbaum (3), ha dado lugar a esas cosechas increíbles de docenas y docenas de agrupaciones que se intitulan partidos políticos. Para nuestros efectos, sólo aquellos que han probado tener impacto masivo y vigencia relativamente permanente deben merecer su inclusión en cualquier estudio sobre ideologías y partidos políticos latinoamericanos.

Las tres categorías que hemos registrado como existentes en el momento actual corresponden, en realidad, a tres etapas en el proceso de integración de la nacionalidad y de la diversificación de la estructura social. El que hoy llamamos partido clásico o tradicional, conservador o liberal, por ejemplo, es el producto de una sociedad monoclasista, en la que más allá de la minoría dominante existe sólo una masa amorfa incapaz de participar en la vida cívica; los dos bandos o tendencias que entonces se forman, o bien responden a una cuestión religiosa centralizada alrededor de las relaciones entre la Iglesia y el Estado, o bien son el reflejo de un choque de intereses entre la aristocracia rural y la comercial. Cuando la oligarquía permanece básicamente unida, el decurso del tiempo va borrando las antiguas diferencias doctrinarias y sólo una rencilla histórica o una erupción de violencia mantiene la división. De ahí la frase de Lanuza: «Nada hay más parecido a un liberal que un conservador.»

El surgimiento de la clase media introduce un cambio en el panorama político de los países más avanzados. Nuevos partidos más inclinados a la mudanza institucional, más diversificados en su membresía y menos provincianos en su orientación comienzan a aparecer. Es con el advenimiento de estos partidos radicales con lo que el sufragio deja de ser cosa de caciquismo y empieza a ser realidad, y es con ellos con los que los primeros atisbos de desarrollo y modernización se hacen visibles. Debe enfatizarse, sin embargo, el carácter reformista y moderado de sus programas. Irigoyen, en

(2) SERGIO GUILASASTI TAGLE: *Partidos políticos chilenos*. Santiago de Chile, Editorial Nascimento, 1964, pág. 9.

(3) FRANK TANNENBAUM: «The Future of Democracy in Latin America», en *Foreign Affairs*, vol. 33, núm. 3, abril 1955, *passim*.

su toma de posesión como Presidente de la Argentina, hace patente esta tesitura con su célebre promesa: «Vengo a reparar; no a castigar.» Tal vez si el proceso de desarrollo no hubiera sido indebidamente interrumpido por los golpes militares, la América latina no hubiera sido campo propicio para las posiciones extremistas.

Finalmente, el desarrollo de un proletariado urbano sirve de punto de apoyo a la constitución de partidos de matiz decididamente revolucionario; fenómeno que acaece en la mayoría de los países hacia la década del 30. Es interesante advertir, sin embargo, que en algún caso un proceso de insurrección campesina, coincidente con la toma del Poder por elementos progresistas de la clase media, anticipa en varios años el fenómeno del cambio social. Bueno es subrayar, sin embargo, que la anticipación concierne más a la necesidad del cambio que a la consciente decisión de crear una ideología o fundar un partido. En el caso de México, el Partido Revolucionario Mexicano aparece realmente como resultado de un accidente histórico: la necesidad de asegurar el continuismo después del asesinato de Obregón. Empero, el proceso anterior al año 1929 constituye indudablemente un interesante ejemplo de colaboración obrero-campesina en el desenvolvimiento de una corriente revolucionaria.

B) *Los partidos políticos de izquierda*

Concentrando ahora nuestra atención en el tercer grupo de la clasificación es interesante observar cómo los partidos de izquierda presentan, a su vez, en la actualidad una triple catalogación; a saber: la izquierda comunista, la izquierda jacobina y la izquierda democrática.

Del primer grupo nos limitaremos a señalar su carácter extrahemisférico y las dos fases en su inevitable proceso de divisionismo interno; en una primera etapa, stalinistas y trotskistas representan los bandos antagónicos; hoy la contraposición entre el comunismo irradiando de un solo país y el comunismo netamente internacional ha sido parcialmente reemplazada por la pugna entre la línea rusa de coexistencia y conflicto y la línea china de conflicto impregnado de odio.

La izquierda jacobina tiene en común con la anterior su inclinación intransigente y su aceptación de medios de acción directa, si bien se aparta de ella en que no se conforma con ubicar su pretensión drásticamente so-

(4) Vid. MIGUEL A. RODRÍGUEZ ECHEVERRÍA: *El mito de la racionalidad del socialismo*. San José, A. N. F. E., 1963.

cialista dentro del marco de una sucursal de la Internacional comunista y en que da cabida en su programa a ciertos ingredientes ajenos al marxismo. El jacobinismo izquierdista se caracteriza, en efecto, en Latinoamérica por una tendencia a abogar por fórmulas autoritarias, revistiéndolas de retórica democrática (4). Buena parte de sus integrantes proceden de las filas liberales, y tal vez no hubieran coincidido con la prédica colectivista de no haber sufrido repetidas frustraciones y de no hallarse expuestos a la urgencia impaciente de nuestra época. En tal sentido, la corriente jacobina es realmente un estado de ánimo, una tendencia mental que en Latinoamérica tiende a desarrollarse de modo especial en ciertos sectores sociales como el de los estudiantes e intelectuales.

C) *Los partidos políticos de izquierda democrática*

En lo que hace al sector de la izquierda democrática conviene decir ante todo que, a nuestro juicio, ella se caracteriza no sólo por su insistencia en canalizar la transformación social a través de procedimientos democráticos, sino también por su postura esencialmente pragmática y realista. Confundida, a veces, con los partidos revolucionarios nacionalistas, e identificada, otras, con los partidos populares, las agrupaciones comprendidas en este grupo representan, a nuestro juicio, el correlato latinoamericano de los partidos socialistas europeos. Se trata, en efecto, de organizaciones comprometidas a operar una revisión de las estructuras sociales, sin echar por la borda el acervo de libertades cívicas, producto de la democracia capitalista. De hecho, sin embargo, es factible distinguir tres grandes corrientes dentro de la referida izquierda democrática: una de ellas, la democracia cristiana, abreva su ideario en las llamadas encíclicas sociales; otra, la socialista, importa con ligeras alteraciones el programa de los partidos socialistas europeos, y, finalmente, la tercera, susceptible de catalogarse dentro de la denominación de tendencia aprista, constituye a primera vista una revisión latinoamericana de los postulados básicos del marxismo. Aunque separadas hoy día por serias discrepancias filosóficas y emocionales, es posible predecir que dichas corrientes, eventualmente, llegarán a aproximarse. Basta observar, en efecto, que las encíclicas, de una parte, no ofrecen suficiente base doctrinaria para preservar la identidad de los partidos demócrata-cristianos, mientras que los partidos socialistas y apristas han tendido a templar gradualmente su prédica con la incorporación de postulados propios de la filosofía cristiana y demo-liberal. En todo caso es evidente que al presente dichos tres grupos tienen en común el hecho de que aspiran a representar

los intereses de las grandes masas obreras y campesinas y la circunstancia de que pretenden realizar un programa de socialismo posibilista o fabiano, sin sacrificio de los valores humanos.

Lo curioso es, sin embargo, que este tipo de organización sólo en los últimos tiempos ha logrado prender en la conciencia política de los países latinoamericanos, y que, aun después de haberse arraigado, elude el uso del término marxista y procura llevar a la práctica las ideas socialistas dentro de un contexto no socialista. ¿A qué se debe esa aparente repulsión al uso de la terminología correspondiente? ¿Cómo se explica el escaso desarrollo de los partidos socialistas democráticos incluídos en el segundo grupo de la anterior clasificación? ¿Por qué el socialismo latinoamericano ha sido más bien «implícito», según la conocida expresión de Víctor Alba? (5).

Es sabido que la idea socialista tiene remotos antecedentes en la historia política de los países al sur del río Grande. En realidad, las primeras manifestaciones de socialismo utópico anteceden en la Argentina y Brasil a las revoluciones europeas de 1848, y encuentran después eco en Colombia, Chile y México. Años más tarde, los refugiados que escapan a las persecuciones que siguen a la Commune de París y a las leyes antisocialistas de Bismarck, se dedican a difundir las ideas socialistas y a fundar grupos afiliados a la Primera Internacional en Argentina, Uruguay, Brasil y México. Líderes socialistas de la talla de Justo y Palacios, en la Argentina; Frugoni, en Uruguay; Iglesias, en Puerto Rico, y de Diego Vicente Tejera, en Cuba, logran constituir partidos socialistas a finales del siglo pasado y principios del presente. Sin embargo, el socialismo de tipo parlamentario y proyección reformista echó raíces sólo en aquellas naciones donde vivían inmigrantes europeos procedentes de países en los que preexistían esos organismos, y al cabo de los años languideció, y más tarde dejó prácticamente de existir como consecuencia de las escisiones provocadas por la revolución rusa.

Las causas de esa deficiente penetración del socialismo democrático son varias. En primer lugar es evidente que el factor económico representado por el incipiente desarrollo industrial ofrece una razonable explicación del pobre respaldo que el socialismo ha tenido en el pasado. Sin la existencia de un proletariado industrial, es claro que el ideario socialista tiene poca clientela que atraer. En la famosa polémica entre Enrico Ferri y Juan B. Justo, el primero resumió esta primera causa, afirmando que el proletariado es el producto de la máquina de vapor y solamente con el proletariado es por lo que el partido socialista puede nacer.

(5) VÍCTOR ALBA: «Latin America: Implicit Socialism», en *Socialism, The First 100 Years*, The Centre for Labour and Social Studies. Londres, Methuen and Son, Ltd., 1964, página 37.

Intimamente relacionado con el anterior se halla un factor de tipo político, cual es el de la escasa participación cívica de las grandes masas. Mientras el sector de la opinión pública esté confinado a los núcleos urbanos, primordialmente habitados por gente de clase media, y mientras más allá del recinto urbano los demás grupos sociales sigan cayendo en la denominación de «masas sumergidas», es obvio que el juego de los partidos políticos ha de estar limitado a aquellas organizaciones que defienden el *statu quo* o desean innovarlo sólo en pequeña medida.

Añádase a lo anterior la inclinación de la clase media por adoptar los módulos de un nacionalismo cultural y político, a primera vista reñido con el enfoque internacional del socialismo, y la tendencia de ciertos sectores intelectuales por abrazar postulados propios de lo que el sociólogo argentino Orgaz llama el romanticismo social (6), y se tendrá una explicación adecuada del triste sino del socialismo, propiamente dicho, en la América del Sur.

Cualesquiera que sean las causas, lo cierto es que los conceptos del socialismo reformista no penetraron la conciencia política de Latinoamérica. Ello trajo consigo consecuencias que no dudamos en calificar de infortunadas: en el orden político, la ausencia de una fuerte corriente socialista democrática trajo consigo una tendencia a la polarización de la contienda electoral, y consiguientemente, a la división tajante entre derechas e izquierdas; en el orden económico, la falta de una concepción socialista no sólo privó de contenido doctrinario a los planes de organización social, sino que impidió el aceleramiento del desarrollo económico al no haber ningún efectivo expositor de la necesidad de supeditar en cierta medida, y temporalmente, las demandas de consumo a los requerimientos de producción.

Conviene señalar de inmediato que para llenar el referido vacío ideológico fue por lo que se enderezaron, primero, los llamados partidos apristas, constituidos bajo la inspiración de Alianza Popular Revolucionaria de América, y posteriormente, los partidos social-cristianos, fundados con nombres diversos en Chile, Venezuela y algunos otros países. Entre los partidos que es posible incluir en el primer grupo nos limitaremos a citar a Liberación Nacional de Costa Rica, Popular Democrático de Puerto Rico, Revolucionario de Guatemala, Febrerista de Paraguay, Revolucionario Dominicano y Acción Democrática de Venezuela (7).

Hoy día tiende a divulgarse la idea de que son los partidos socialcristianos los únicos capaces de promover una revolución social dentro de un marco de libertad, lo que en otras palabras significa que se los reputa como los

(6) RAÚL A. ORGAZ: *Sociología*. Córdoba, Editorial Assandri, 1950, pág. 459.

(7) VÍCTOR ALBA, *Op. cit.*, pág. 41.

últimos baluartes de la democracia en América latina. Lo cierto es, sin embargo, que cuarenta años antes del triunfo de Frei en Chile ya existía un movimiento político predicando en el Continente americano esos mismos objetivos, y casi veinte años atrás ya había un partido poniendo en práctica esos postulados en un país latinoamericano. Tal tendencia es la aprista y tal partido es Acción Democrática de Venezuela, el cual, por un tiempo se llamó asimismo explícitamente partido aprista. Uno y otro presentan la interesante característica de considerarse por muchos como creaciones genuinamente latinoamericanas, en contraste con la prosapia decididamente europea de la democracia cristiana. A mayor abundamiento, dicha corriente aprista ha sido más uniforme en su impacto revolucionario a través de la América latina que la corriente social cristiana, la cual ofrece marcados contrastes en cuanto a la postura avanzada o conservadora de sus dirigentes y programas, según el país que se considere.

Parece, pues, de todo punto oportuno volver la vista en los actuales momentos a esa ya añosa tendencia aprista y examinar su desenvolvimiento en la teoría y en la práctica con vista a discernir las perspectivas que ellas ofrecen para la democracia y la transformación social en la América latina. Las dos grandes cuestiones que respecto a estos partidos apristas procede plantear son: 1) ¿Constituyen los mismos una variante del marxismo o una creación autóctona del pensamiento político latinoamericano?; y 2) ¿Cuán eficazmente han podido dichos partidos llenar el vacío creado en nuestro tiempo por la ausencia de una corriente socialista democrática? A responder esas preguntas dedicaremos el presente ensayo, enfocando nuestra atención, primero, en el Apra en general, y más tarde, en la más importante experiencia de aplicación de esos principios en un país, es decir, en la ideología de Acción Democrática de Venezuela.

II

LA IZQUIERDA DEMOCRÁTICA EN SU ORIGINAL CONCEPCIÓN DOCTRINARIA: EL APRA

A) *Sumario y crítica de la doctrina aprista*

Nada más apropiado para llevar a efecto un sumario de la doctrina aprista que rastrear ordenadamente el pensamiento de su creador y propulsor: Víctor Raúl Haya de la Torre. A través de sus obras principales es posible sistematizar la proyección ideológica del Apra en los siguientes términos:

a) *Antecedentes*.—Dos son los antecedentes básicos y reconocidos del Apra: la revolución universitaria de Córdoba (1918-23) y la revolución mexicana (1910). Es fácil entender el influjo que ambos eventos ejercieron en la vida y obra de Haya; basta recordar que la inicial gestación del ideario aprista tiene lugar cuando su autor figura como presidente de la Asociación de Estudiantes del Perú, en tanto que su formulación explícita se hace efectiva poco tiempo más tarde en el primer exilio de Haya en México. En todo caso, conviene anotar que, en palabras de Haya, ambos acontecimientos dieron inicio a la emancipación de América del coloniaje mental de Europa, promoviendo, de un lado, la independencia intelectual, y de otro, la independencia económica. Así, la reforma universitaria es saludada como «signo de repulsa al dogmatismo», y la revolución mexicana como «épico prelude de la revolución anti-imperialista» (8).

b) *Origen*.—Al hablar del nacimiento de la ideología en estudio conviene hacer un distinguo entre lo que es el Apra como movimiento continental y lo que es el Partido del Pueblo como instrumento específico de acción electoral en el Perú. El primero surge en el año 1924, a raíz de la visita que Haya hizo a Rusia. Es importante tener en cuenta ese dato como otro antecedente histórico importante. Aunque Haya ha puesto cuidado en enfatizar que para él el marxismo no fue nunca un artículo de fe (9), parece evidente que el mismo ejerció una influencia sustancial en su posición inicial. Las conexiones de Haya con Mariátegui, el fundador del Partido Socialista del Perú, y sus colaboraciones en la revista *Amauta* revelan, si no una identificación, sí una simpatía profunda con el primitivo marxismo-leninismo. Cabe destacar, sin embargo, que al fundar el Apra, Haya está muy lejos de seguir el camino trillado de los que se limitan a ser eco de Moscú. Su pretensión, en efecto, no es otra que la de dar vida a «un movimiento autónomo indoamericano, sin ninguna intervención extranjera» (10), y a una «doctrina íntegra de veras nueva». En tal sentido fuerza es reconocer el noble y encomiable esfuerzo creador de quien se empeña en proveer a América latina de un cuerpo de creencias propias en momentos en que por todas partes cunde la fiebre de la revolución rusa.

c) *Trasfondo filosófico*.—Las discrepancias de Haya con el marxismo se extienden a los fundamentos filosóficos de la dialéctica materialista. Aun-

(8) VÍCTOR RAÚL HAYA DE LA TORRE: *Treinta años de aprismo*. México, Fondo de Cultura Económica, 1956, pág. 75.

(9) *Ibid.*, pág. 23.

(10) *Ibid.*, pág. 20.

que dispuesto a aceptar en cierta medida la validez del determinismo económico, Haya se niega de entrada a darle al mismo un valor absoluto. «En las ciencias económicas y sociales, afirma, no tienen cabida las leyes absolutas» (11). Los fenómenos de la sociología, se apresura a aclarar, devienen indesligables de sus intransferibles espacio-tiempo. De ahí el que, a juicio de Haya, se imponga una estimativa relativista de la Historia que tenga en cuenta, por ejemplo, cómo el imperialismo, etapa final del capitalismo en Europa, es en América su etapa inicial.

En última instancia, la teoría del espacio-tiempo histórico pretende: 1.º Inhabilitar al marxismo como filosofía social aplicable a nuestros tiempos; y 2.º Ofrecer una doctrina sustitutoria que al mismo tiempo denote la emancipación mental indoamericana de los moldes europeos. ¿Ha sido en tal sentido un éxito la teoría aprista? Nos parecen que las expectativas y la resonante denominación de la teoría exceden a su efectiva contribución. La doctrina es en realidad un intento de aplicación del relativismo físico, en la que se atiende poco a la experiencia histórica. De otra parte, la alegada emancipación mental se ampara en este caso en viejos conceptos de la filosofía griega, en algunos principios de la dialéctica hegeliana y en conocidas afirmaciones de la Escuela Nacional de Economía y de la Escuela Geopolítica Alemana. Finalmente, no creemos que la teoría rechace o cuestione siquiera la validez de las conclusiones de Marx y Engels con referencia a los escenarios históricos que ellos, acertada o erróneamente, consideraron como determinantes del futuro devenir de la Humanidad.

d) *Tesis económica*.—En su análisis del imperialismo como fenómeno económico, Haya insiste en proclamar su descubrimiento de que el mismo es en Latinoamérica la primera e inferior etapa del capitalismo. Empero, mucho más importante es su aseveración en aquel momento histórico de que el imperialismo es para Latinoamérica un fenómeno inevitable y ambivalente. Es inevitable, señala, porque representa el equivalente de la revolución industrial (12). El imperialismo significa, en efecto, la instauración del período de industrialización y del progreso económico-social de nuestros pueblos, lo que en otros términos significa un paso adelante de nuestros modos feudales de producción (13). Es, de otra parte, ambivalente porque comporta peligros, pero trae también progreso para los países de economía retardada (14).

(11) *Ibid.*, pág. 142.

(12) *Ibid.*, pág. 163.

(13) *Ibid.*, pág. 146.

(14) *Ibid.*, pág. 60.

El fenómeno capitalista resulta, en otras palabras, tan peligroso cuanto necesario; puede ser útil o nocivo, beneficioso o perjudicial, dependiente, tanto del país imperializado como del imperialista. Con el imperialismo, concluye Haya, corremos los riesgos de la sujeción, pero sin él sería inevitable el estancamiento (15).

Formular en plena época de la diplomacia del dólar y de la política del garrote esos juicios objetivos y penetrantes constituye, sin lugar a dudas, un aporte positivo del Apra. Su indicación de que el efecto beneficioso o perjudicial del imperialismo depende también del país imperializado resulta también harto apropiada y oportuna. Es cierto que ello había sido ya entrevisto por Márquez Sterling con su clásica admonición: «Frente a la injerencia extraña, la virtud doméstica.» Pero Haya le da un sentido mucho más dinámico y positivo.

Su análisis, por otra parte, se completa cuando certeramente prevé que el peligro radica en el imperialismo político. «El mayor peligro que el imperialismo encierra para los pueblos es el de que, a la par que económico, devenga imperialismo político» (16). Pero ese imperialismo político concurrente, observa de inmediato, sí es evitable o controlable (17), advirtiendo a seguidas con gráfica expresión: «Hay que defenderse de la inundación sin hacer desaparecer el agua» (18). El antiimperialismo, en otras palabras, debe ser un movimiento constructivo; proyección ésta que contrasta con la estéril y apasionada condena que con tanta frecuencia ha proliferado en otros grupos de izquierda. Ahora bien: para entender en qué forma puede producirse la conversión del antiimperialismo en elemento positivo precisa examinar brevemente la tesis política del aprismo.

e) *Tesis política latinoamericana.*—Para el Apra el gran peligro que el imperialismo plantea para América radica en la fragmentación y desunión de Latinoamérica. La asimetría política de América (un Estado-Contiente frente a veinte Estados nacionales) ha traído consigo la expansión sin límites del capitalismo más desarrollado hacia los países no desarrollados. Bastaría en tales circunstancias la unión de Sudamérica para restablecer con la simetría política el equilibrio económico. De ahí que el Apra propugne la unión política de todos los países de Indoamérica. «El primer paso en el camino de nuestra defensa antiimperialista es la unificación política y eco-

(15) *Ibid.*, pág. 71.

(16) *Ibid.*, pág. 155.

(17) *Ibid.*, pág. 173.

(18) *Ibid.*, pág. 71.

nómica de las veinte Repúblicas en que se divide la gran nación indoamericana» (19). Tal unificación es, a juicio del Apra, factible, teniendo en cuenta que las fronteras que dividen a Indoamérica corresponden a una etapa feudal (20). La división en virreinos, Audiencias, Capitanías generales, etcétera, respondió únicamente a conveniencias de la metrópoli, sin que reflejara una diversidad natural. Nuestro tiempo, alega el Apra, requiere una revisión de esas fronteras artificiales. La resistencia frente al imperialismo se convierte de esa manera en el factor contemporáneo que habrá de revivir el sueño bolivariano y producir la unificación de los pueblos de Indoamérica. «Organizar un movimiento defensivo indoamericano, dice en resumen Haya de la Torre, se nos impuso como un quehacer perentorio» (21).

¿Qué juicio debe merecer cuarenta años más tarde esta tesis de unidad latinoamericana? No hay duda, en primer término, de que la premisa sobre la cual se asienta esta tesis, es decir, el desbalance entre el coloso del Norte y las aisladas e inermes Repúblicas del Sur, es cierta y debe tratar de superarse. Ahora bien: una cosa es procurar esa superación a través del fortalecimiento económico y el estrechamiento de los lazos de solidaridad, y otra muy distinta pretender lograrla a través de la unificación política latinoamericana. En cuanto a lo primero, es evidente que el Mercado Común Centroamericano y la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio constituyen dos realizaciones contemporáneas de la primigenia idea aprista. Respecto a lo segundo, sin embargo, creemos fuera de duda que el aprismo se ha dejado envolver en la esperanza de un ideal irrealizable y ha abogado en forma simplista por lo que ciertamente constituye una utopía.

Para documentar esta crítica bastaría poner de relieve cómo el error inicial del Apra estriba en identificar Indoamérica con Latinoamérica. Haya de la Torre, como hemos visto, se refirió siempre a la necesidad de unir «la gran nación indoamericana»; expresión ésta que a lo sumo pudiera aplicarse con rigor a una media docena de los países de América latina. Para el Apra no existen otros bloques étnicos o culturales, y consiguientemente, huelga todo análisis sobre la manera de vencer las barreras que ellos representan en la marcha hacia la unidad. Pero lo cierto es que, aparte de la separación lingüística de Brasil y Haití, hay una tangible peculiaridad étnica en la presencia de la parte Sur de Sudamérica de una fuerte migración europea no ibérica, y en la zona del Caribe, de una cuantiosa población ne-

(19) VÍCTOR RAÚL HAYA DE LA TORRE: *El antiimperialismo y el Apra*. Santiago de Chile, Ediciones Ercilla, 1936, pág. 121.

(20) *Ibid.*, pág. 68.

(21) *Ibid.*, pág. 41.

gra; desde el punto de vista geográfico, es obvio, asimismo, que las diferencias entre la región andina y las Antillas, o entre México-Centroamérica y el área de La Plata son notorias y no pueden tildarse de linderos artificiales que responden sólo a una etapa feudal. Los «Estados Desunidos del Sur» están, pues, desunidos por razones de geografía y de diversidad étnica y cultural, que Haya no menciona ni el Apra analiza. Sólo en Centroamérica sería tal vez factible poner término a lo que ha sido una real «balkanización», y de ahí que las prédicas de Morazán y del Valle sigan aún disfrutando de vigencia.

f) *Tesis económica nacional*.—Al llegar al terreno de las teorías económicas y políticas que deben regir una determinada entidad nacional el aprismo se torna significativamente ambiguo y vago. De una parte, el aprismo afirma reconocer la propiedad privada (22), pero de otra, afirma que nuestros pueblos deben nacionalizar progresivamente su riqueza bajo un nuevo tipo de Estado (23). ¿Cómo conciliar esa aparente incongruencia?

En nuestra opinión, precisa llevar a efecto una distinción entre los diferentes tipos de riqueza. Con respecto a las industrias esenciales o básicas para la colectividad, creemos fuera de duda que el Apra, en realidad, se dirige hacia una forma de capitalismo de Estado. Empero, en lo que hace a industrias de menor importancia, así como con referencia a las actividades terciarias, parece evidente que el aprismo reconoce y auspicia el régimen de la empresa privada. Atinente al régimen de tenencia de la tierra, cabe hacer igual distingo: en ciertos tipos de cultivos (horticultura, fruticultura y floricultura), el aprismo recomienda la propiedad individual, pero para las demás formas de agricultura propone la propiedad colectiva, con división de las ganancias entre los miembros de las Cooperativas.

Parecida incongruencia inicial se observa en la política a seguir con respecto a los capitales extranjeros. De una parte, el aprismo ha hecho patente que no debiera obstaculizarse la inversión de capitales extranjeros, al propio tiempo que proclama que «sólo la nacionalización de la producción podrá condicionar el capitalismo imperialista» (24). Pensamos que sólo la diferenciación anterior pudiera explicar esta inconsistencia, y de hecho el discípulo del Apra en Venezuela, Acción Democrática, ha llevado a vías de hecho esa separación.

(22) VÍCTOR RAÚL HAYA DE LA TORRE: *Treinta años de aprismo*, passim.

(23) *Ibid.*, pág. 87.

(24) VÍCTOR RAÚL HAYA DE LA TORRE: *Ideología aprista*, Santiago de Chile, 1948, página 20.

A los efectos del cambio social, lo que ciertamente interesa más del aprismo es observar su temprana insistencia en llevar adelante el proceso de industrialización. El Apra reclama como un imperativo insoslayable la necesidad de efectuar la desfeudalización nacional, pero se apresura a aclarar que «la desfeudalización lleva implícita la industrialización» (25). Partiendo de esta inicial postulación, el aprismo pone tanto énfasis en la destrucción del latifundio en el orden agrícola como en la construcción de una gran industria en el área de las actividades secundarias. Es bueno indicar de inmediato que a estos últimos efectos el aprismo no fía sólo en la actividad estatal ni tampoco en la aislada empresa privada, sino que certeramente apunta la necesidad de favorecer el cooperativismo como único medio capaz de lograr la eliminación de la explotación del hombre por el hombre.

g) *Tesis política nacional.*—El aprismo concibe la estructura política como una democracia funcional y económica (26). En forma un tanto vaga habla de un sistema cooperativo nacionalizado y de una estructura política de democracia funcional basada en las categorías del trabajo (27). De esta concepción básica es de la que se deriva la forma de gobierno propuesta por el aprismo; a saber: el Estado de los cuatro poderes: legislativo, ejecutivo, judicial y económico. El voto numérico (el ciudadano como cantidad) elige los tres primeros; el voto cualitativo (el ciudadano como trabajador y productor) elige el último. Un llamado Congreso Económico Nacional tendría a su cargo la planificación de conjunto del país y la aprobación de leyes adecuadas a sus intereses.

Es interesante subrayar, de otra parte, cómo en punto a la dinámica política el Apra aboga por una descentralización de la vida política, o sea por una forma de federalismo que ponga fin a la concentración del Poder en la capital de la nación.

De más estaría decir que esta formulación no es precisamente el aspecto más original y afortunado del Apra. La mezcla de los órganos clásicos de gobierno con el llamado poder económico es una indebida aglutinación de los conceptos políticos derivados de la separación de poderes y conceptos socioeconómicos fundados en la necesidad de instaurar una verdadera democracia vertical. El reconocimiento de la conveniencia de tender a esta última en forma alguna da lugar al nacimiento de un cuarto poder dentro de la teoría de gobierno y su inclusión en el esquema del Apra probablemente

(25) HAYA DE LA TORRE: *Treinta años de aprismo*, pág. 59.

(26) HAYA DE LA TORRE: *El antiimperialismo y el Apra*, pág. 123.

(27) *Ibid.*, pág. 141.

responde al deseo de presentar en forma distinta lo que era en realidad una incorporación de la doctrina corporativista.

Por último, conviene recordar que en su plataforma política el Apra favorece la educación como monopolio del Estado, la neutralidad del Gobierno en materia religiosa, la instauración del servicio militar obligatorio, la conversión del Ejército profesional en un agente de servicio social, la rendición e incorporación del indio a la vida nacional y la total reivindicación de las clases obrera y campesina.

B) *El aprismo cuarenta años después*

Sin haber llegado nunca al Poder, el aprismo ha experimentado un curioso proceso de moderación e inclinación hacia la derecha. Quizá influido precisamente por el anhelo de obtener el siempre elusivo triunfo electoral, los líderes del Apra han tratado últimamente de presentar una imagen de hombres reformados y maduros, capaces de combinar los objetivos de un cambio social revolucionario con el deseo de conservar la esencia de las instituciones económicas y del orden social existente. El propio dramático desenvolvimiento del Apra ha dado lugar a una serie de pactos y compromisos (principalmente en 1945, 1956 y 1962), destinados a preservar la legalidad o subsistencia del partido, pero ocasionantes en mayor o menor medida de su deterioro ideológico. Como advierte Patch, quien escuche hoy los pronunciamientos de Haya sobre los derechos del propietario, la defensa de las instituciones económicas y el respeto a los tratados internacionales le costaría trabajo asociar al mismo con el ardoroso revolucionario de los años treinta que ayudó a derrocar a Leguía y a elaborar una plataforma política dirigida a dar al traste con el viejo orden (28).

Idos están los días en que el Apra expresaba su profunda convicción anticlerical y tomaba parte en la famosa protesta contra la consagración del Perú al Sagrado Corazón de Jesús que el Gobierno de Leguía llevó a cabo. Hoy sus líderes procuran fraternizar con los altos dignatarios de la jerarquía católica y alientan la publicación de fotografías alusivas en los diarios. Idos están los días del odio a muerte entre los militares y el Apra a raíz de los sucesos de Trujillo de 1933. Hoy el Apra ha sido hasta acusado:

(28) RICHARD W. PATCH: «The Peruvian Elections of 1962 and their Annulment», American Universities Field Staff, Report Service, West Coast South America Series, Perú, vol. IX, núm. 6, pág. 10.

de militarista (29), y hace apenas tres años estuvo a un tris de cerrar un pacto electoral con uno de sus más implacables enemigos: el general Odría.

Era natural que esta evolución ideológica y el transcurso de cuarenta años pusieran en entredicho la vitalidad del Apra, a pesar de los 600.000 votos alcanzados en 1963. La cuestión de su declive ha sido, por otra parte, agudizada por las escisiones sufridas. En 1959 un Comité disidente, enderezado a defender los «principios doctrinarios», hubo de constituirse; en 1960 el mismo grupo se transformó en el Apra rebelde y, por último, en 1962 el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (M.I.R.) vino a formarse como vástago jacobino que se desgajaba del viejo tronco.

Claro está que estas especulaciones sobre el declinar del Apra han sido además fomentadas por la campaña de descrédito que sobre el mismo ha lanzado el comunismo internacional o sus simpatizantes de buena o mala fe. Algunos autores, como Obelson, se han apresurado a escribir sobre los funerales del Apra aseverando que hoy el partido es simplemente un muerto al que se le puede recordar pero no esperar que reviva jamás (30). Desde otro ángulo visual, otros han hablado del mito que se derrumba asegurando que el Apra ha sucumbido (31). Es posible, sin embargo, que esos vaticinios resulten prematuros. Como apunta Kantor: la liquidación histórica del aprismo ha sido pronosticada ya en otras oportunidades (32). Lo cierto es, empero, que el partido tiene aún, en nuestra opinión, una buena posibilidad de triunfar en las próximas elecciones. dado que al vencer el período de gobierno de Belaunde y Acción Popular no existe ninguna organización ni hay visible ningún líder capaz de competir con la todavía respetable popularidad del Apra. Quizá sea el convencimiento de que es esa su última gran oportunidad lo que haya llevado al actual liderazgo del partido a limar asperezas y suavizar radicalismos. Por lo demás, no es justo acentuar la crítica contra un partido que ha sufrido tan cruentas persecuciones y a pesar de ello se ha mantenido en pie creciendo en el Perú y sirviendo de fuente matriz a innumerables partidos de América. Si el triunfo al fin le sonriera en 1968, el Apra habría trascendido a Haya, cuya vejez y constantes ausencias del país le han afectado adversamente, y emancipado de su creador habría de comenzar un nuevo e interesante capítulo de su historia.

(29) Vid. VÍCTOR VILLANUEVA: *El militarismo en el Perú*, Lima, 1962.

(30) W. OBELSON: *Los funerales del Apra; el fraude electoral y fiscal*. Lima, 1962.

(31) M. GUILLERMO RAMÍREZ Y BERRIOS: *Examen espectral de las elecciones del 9 de junio de 1963*. Lima, s. f., págs. 20-29.

(32) HARRY KANTOR: *El movimiento aprista peruano*. Buenos Aires, Pleamar, 1964, páginas 10-11.

III

LA IZQUIERDA DEMOCRÁTICA EN SU EFECTIVA APLICACIÓN PRÁCTICA:
A.D. DE VENEZUELAA) *Antecedentes e historia de Acción Democrática antes
de ocupar el Poder*

Los orígenes de Acción Democrática presentan notables puntos de contacto con el antes referido proceso de aparición del Apra. Como sucedió con este último la fundación de A.D. hubo de responder a los esfuerzos de un intelectual de la clase media: Rómulo Betancourt; sus antecedentes inmediatos están también relacionados con la inquietud estudiantil universitaria y con la lucha contra una tiranía, en este caso la de Juan Vicente Gómez; finalmente, su influencia ideológica primaria fue, asimismo, la marxista-leninista.

En realidad, Betancourt, como tantos otros de sus compañeros de la generación del 28, fue en sus mocedades miembro del partido comunista, afiliación que conservó hasta el año 1931. A juicio del historiador venezolano Guillermo Morón, el futuro Presidente de Venezuela retuvo después de su baja del partido una perspectiva marxista (33). Algún día, incidentalmente, habrá que hacer el recuento de la contribución que al progreso de la democracia en América latina han hecho los excomunistas (Haya, Betancourt, Sánchez Arango, Lacerda, Ravines, etc.). En todo caso, es oportuno tener en cuenta que para el año en que Betancourt abandona las filas comunistas comenzaba también a sentirse en los países sudamericanos el impacto aprista, y esta poderosa influencia aparece ya reflejada en el más importante antecedente de Acción Democrática, cual es el Plan de Barranquilla de 1932. En dicho documento se advierten los rasgos de democracia política (gobierno civil representativo y garantías de pensamiento y palabra) y de parcial colectivización de la economía (nacionalización de fuentes de energía y de servicios públicos) que caracterizan al aprismo (34).

Unos años después de haberse firmado el Plan de Barranquilla, el grupo de estudiantes que había participado en las luchas contra Juan Vicente Gómez constituye la primera organización política enderezada a oponerse al su-

(33) GUILLERMO MORÓN: *A History of Venezuela*, Londres, G. Allen and Unwin, 1964, pág. 255.

(34) RÓMULO BETANCOURT: *Contra quién estamos y contra quién no estamos*. Barranquilla, 1936, pág. 5.

cesor de aquél, general López Contreras. Dicha organización, llamada O.R.V.E., hubo pronto de dividirse en dos bandos: el Partido Democrático Nacional, dirigido por Betancourt, y el Partido Comunista, encabezado por Gustavo Machado. El primero, es decir, el P.D.N., fue constituido en 1937, pero cuatro años más tarde cambió su estructura, modificó su programa y formalizó su inscripción legal bajo la denominación de Acción Democrática.

Para el año 1945 A.D. era una pequeña organización partidista que reclamaba para sí menos de 40.000 afiliados. Empero, el golpe militar de octubre de ese año le permitió su acceso al Poder y a través del mismo la oportunidad de desarrollar un programa de reformas sociales y económicas que le serviría para ensanchar su base electoral y hallarse en condiciones de obtener democráticamente el Poder en las posteriores elecciones (35). La puerta falsa del golpe militar que le estuvo siempre vedada al Apra y que en parte originó las infructuosas rebeliones de Trujillo en 1933 y El Callao en 1948, fue, sin embargo, la causa inmediata de la transformación de A.D. en partido de gobierno. Mientras el Apra ha sido, por muchos años, una mayoría que no gobernaba, A.D. tuvo la suerte de empezar su trayectoria como una minoría beneficiaria del Poder. Esa diferencia entre ambos partidos justifica el que en el caso de A.D. en vez de estudiar su ideología en los programas del partido la examinemos a continuación en su real aplicación como política de gobierno. Ello nos permitirá aquilatar en qué medida la izquierda aprista ha logrado realizar sus programas y llenar el vacío de la ausencia de un partido socialista democrático.

B) *La ideología del Partido Acción Democrática a través de su obra de gobierno*

a) *Filosofía del cambio socioeconómico.*—Lo primero que es preciso resaltar en el experimento de Acción Democrática en sus diez años de Poder, es su empeño en favorecer la diversificación de la economía y la industrialización del país sin sacrificar las necesidades de consumo del pueblo. A diferencia de lo ocurrido en la mayoría de los países afroasiáticos en los que la acumulación de capital ha representado el interés máximo ante el cual deben ceder todos los demás, en Venezuela, Acción Democrática se propuso llevar adelante un programa de modernización sin supeditar las aspiraciones

(35) «Llegamos al poder no como resultado de una insurgencia popular sino de un golpe de Estado.» RÓMULO BETANCOURT: *Posición y doctrina*. Caracas, Ed. Cordillera, 1959, pág. 161.

de mejoría de la actual generación. Ese objetivo, eminentemente humanista y consonante con la idiosincrasia de los pueblos latinos, ha sido explícitamente expresado por Rómulo Betancourt en varias ocasiones (36).

b) *Tesis económica*.—Desde el punto de vista económico, cuatro son, en nuestra opinión, los puntos fundamentales del programa realizado por A.D., a saber: la economía mixta, la planificación, el nacionalismo económico y la reforma agraria.

1. *Economía mixta*.—Recogiendo del Apra la distinción entre los distintos tipos de instrumentos de producción, A.D. ha promovido el establecimiento de una forma de economía mixta que en realidad constituye un refinamiento de la tesis aprista. En la esfera industrial, en efecto, el partido ha distinguido tres clases diferentes de empresas: las industrias básicas (petroquímica, hierro, y servicios públicos), las cuales de modo inmediato o mediato deben estar en las manos del Estado; las industrias satélites o inmediatamente derivadas de las anteriores en las cuales la participación de capital privado no debe exceder del 49 por 100 y el resto de las manufacturas, la mayoría de las actividades agrícolas y prácticamente todo el comercio que pueden y deben ser operados por empresas privadas. El papel activo que con respecto al Estado este esquema implica, ha sido traducido en la realidad en la creación de organismos paraestatales que como la Corporación de Guayana controlan la industria del acero, o como Cadafe tienen a su cargo la prestación del servicio de energía eléctrica o como la Corporación Venezolana de Fomento procuran estimular la contribución de los empresarios particulares (37).

2. *Planificación*.—La idea que en el Apra aparecía sólo crudamente insinuada al tratar del Congreso Económico Nacional, ha sido ampliamente desarrollada y llevada a la práctica por A.D. No podía ser de otro modo dada la creciente aceptación que en todas partes ha ido teniendo la noción de que es preciso guiar ordenadamente el desarrollo económico a través de un plan de prioridades y distribución racional de recursos. El plan cuatrienal establecido en 1960 y la instauración de Cordiplán como organismo encargado de coordinar los esfuerzos de planeación, dan muestra de esa preocupación.

(36) Vid., por ejemplo, RÓMULO BETANCOURT: *Ante las perspectivas de un nuevo año*. Caracas, Imprenta Nacional, 1960.

(37) ROBERT ALEXANDER: *The Venezuelan Democratic Movement*. New Brunswick, N. J., Rutgers University Press, 1964, págs. 63 y 316.

3. *Nacionalismo económico.*—Es probablemente en este punto donde más se observa una diferenciación entre el ideario aprista y la política de Acción Democrática. Enfrentado a la realidad del control de la industria petrolera por compañías extranjeras, A.D. no ha estimado oportuno seguir el ejemplo de México y nacionalizar los campos petrolíferos. Su razonamiento ha sido el de que la explotación del petróleo entraña un problema de mercado que está más allá de las posibilidades de acción del Gobierno. Si el Gobierno procediera a incautarse de las actuales concesiones, las Compañías afectadas cerrarían inmediatamente las vías de acceso al mercado mundial controlado por ellas y el petróleo quedaría en suelo venezolano sin efectivo beneficio para nadie. Consiguientemente, en vez de adoptar esa solución el Gobierno de A.D. ha preferido optar por la más cautelosa de no otorgar nuevas concesiones, elevar la participación del Estado en las actuales y crear la Corporación Venezolana de Petróleo como una corporación pública concebida para preparar el camino para la toma de posesión por el Gobierno de las actuales concesiones cuando ellas comiencen a expirar a principios de la década del ochenta (38).

Al propio tiempo, con respecto al resto de la economía, A.D. ha seguido una estricta política proteccionista, elevando las tarifas aduaneras para proteger las nacientes manufacturas, limitando las importaciones y estableciendo un estricto control del cambio de la moneda (39). Siguiendo esta orientación el Gobierno mostró al principio escaso interés en ingresar en la Asociación Latinoamericana de Comercio Libre, y sólo en fecha reciente, y tras largas deliberaciones, decidió su incorporación. Ello, obviamente, contrasta con la constante apelación a la unidad económica de América del Apra.

4. *Reforma agraria.*—Respecto al crítico y perenne problema de la reforma agraria, A.D. ha procurado eludir la demagogia y seguir procedimientos legales. Concerniente a la primera fase de la reforma, o sea a la redistribución de la tierra, el criterio adoptado ha sido el de evitar tanto el latifundio como el minifundio, procurando parcelar la tierra en forma que permita su racional y productiva explotación. Empero, ese objetivo se ha visto limitado por el insuficiente desarrollo de un movimiento cooperativo que es, en nuestra opinión, el indispensable complemento de la reforma agraria en América latina. En lo que hace a las otras dos fases de asistencia técnica en el cultivo y suministro de crédito, el defecto principal que se observa es el de la multiplicidad de organismos burocráticos encargados de prestar esos servicios.

(38) RÓMULO BETANCOURT: *Política y petróleo*. México, Fondo de Cultura Económica, 1953, pág. 352.

(39) ALEXANDER, *Op. cit.*, pág. 196.

Por lo demás, es justo asignarle a la reforma agraria venezolana el mérito singular de ser la primera que se lleva a efecto sin producir una disminución en el rendimiento agrícola (40). Cuantas obras se han efectuado (la rusa, la china, la mexicana, la cubana y la boliviana) han producido un cambio en el régimen de tenencia de la tierra al precio de afectar indefinidamente la producción agropecuaria.

c) *Tesis social.* Cuestión abierta a debate es la de discernir si A.D. es una partido clasista o, en otros términos, el órgano de movilización de las masas obreras y campesinas. Su máximo exponente, Rómulo Betancourt, ha indicado en alguna oportunidad que A.D. es un partido policlasista, pero en algunos documentos oficiales se consigna que es una agrupación de clase trabajadora y no hay duda que sus lazos con la C.T.V. y la Federación Campesina son cada vez más estrechos. De otra parte, hay sociólogos, como Ahumada, que sostienen que A.D. es un partido de las clases medias (41).

Probablemente la explicación de esas encontradas opiniones se encuentre en las circunstancias que han presidido el nacimiento y desarrollo del partido. Cuando A.D. irrumpe en la vida política venezolana, el proletariado industrial propiamente dicho apenas suma quince mil obreros, cifra ésta que difícilmente podía servir de base a un partido político. A medida que se acelera el desarrollo económico y se expande la población obrera, le es factible al partido evidenciar su básica proyección clasista. Empero, de igual manera que el Apra, A.D. introduce un cambio en la exclusiva orientación clasista del marxismo y no tiene empacho en incluir en su seno a grandes porciones de la clase media y en atraer a elementos progresistas de las clases altas.

Tecante a su inventario de realizaciones en el campo social cabe expresar que uno de los grandes logros de la administración «adeca» ha sido el desarrollo de la educación y el incremento en cantidad y calidad de los servicios públicos. Es posible discrepar de la orientación del Gobierno en cuanto a la prioridad dada a la educación primaria y al adiestramiento vocacional en vez de a la educación secundaria, pero en todo caso no hay duda de que la duplicación del número de Universidades, el aumento sustancial en el número de estudiantes secundarios y la dramática reducción del analfabetismo son incuestionable realizaciones.

(40) Vid. Boletines del Ministerio de Agricultura y Banco Agrícola correspondientes al período 1960-64.

(41) JORGE AHUMADA: «Hypothesis for the Diagnosis of a Situation of Social Change: The Case of Venezuela», en *International Social Science Journal*, vol. XVI, número 2, 1964, pág. 200.

Estos logros han sido, por otra parte, robustecidos con un plausible empeño en estimular los programas de acción comunal. La Oficina de Desarrollo Comunal ha desplegado una efectiva labor que ha sido copiada en otros países simplemente aplicando el principio de que el Gobierno debe ayudar al pueblo a ayudarse a sí mismo. Lástima que esta tendencia no haya sido complementada con la adopción del postulado aprista de descentralización regional y fortalecimiento de la vida política municipal.

Por último, procede apuntar que aunque la legislación laboral antecede en varios años el advenimiento al Poder del partido A.D., éste ha procurado expandir el área de la seguridad social y gestionar una efectiva implementación de las medidas laborales en vigor.

d) *Tesis política.*—Desde el punto de vista político, A.D. en el Gobierno ha tendido a eliminar los peligros de caudillismo y el militarismo y a proveer de firmes cimientos la democracia venezolana. A diferencia del aprismo, A.D. no ha mostrado ningún interés en ensayar formas de democracia funcional y económica sino más bien en estabilizar y darle arraigo al tipo convencional de Gobierno representativo.

En su lucha contra el caudillismo político, Betancourt ha creído oportuno comenzar con el ejemplo de su propio partido, el cual ha subrayado que es dirigido por comandos grupales en vez de individualidades imperiosas (42). Una muestra elocuente del éxito de esta prédica puede hallarse en el hecho de que la nominación de Leoni se llevó a efecto en 1964 contra los deseos del propio Betancourt.

La campaña, por atenuar la hegemonía militarista, se ha visto afectada por las circunstancias de amenaza al orden público y la estabilidad presentes en el país a partir de 1961. Empero, el *rôle* destacado que el Ejército ha tenido que desempeñar frente al reto del F.A.L.N. no ha impedido el desenvolvimiento de un Gobierno de tipo civil ni el primer alternar de dos Gobiernos elegidos por el pueblo en la historia del país.

Finalmente, el objetivo de consolidar los cimientos democráticos se ha procurado a través del fomento de organizaciones civiles y grupos de interés, tales como otros partidos políticos, organismos sindicales, agrupaciones campesinas y círculos profesionales. Como dice Alexander: es a través de esa proliferación de organismos privados que el Gobierno de A.D. espera poner fin al tradicional dominio de la vida política por los militares y darle estabilidad a los procesos democráticos (43).

(42) BETANCOURT: *Posición y doctrina*, pág. 159.

(43) ALEXANDER, *Op. cit.*, pág. 32.

C) *Balance y perspectivas*

Quien observe superficialmente el panorama político venezolano y repare en el dramático descenso en popularidad que A.D. ha experimentado entre las elecciones de 1947 (72 por 100 de la votación), 1958 (49 por 100) y 1964 (33 por 100), puede arribar a la conclusión de que o bien el experimento de la izquierda democrática en Venezuela no ha tenido éxito o bien no ha sido apreciado por el pueblo. En cualquiera de esas suposiciones, la consecuencia inexorable sería que el juego democrático no tiene futuro en los países latinoamericanos y que es mucho más prudente implantar un sistema de partido único por el estilo del P.R.I. mexicano.

Empero, un análisis más detenido de la situación política pone prontamente de manifiesto que el descenso de un 16 por 100 en el voto popular en la última elección está precisamente representado por la suma de los porcentajes recibidos por las dos escisiones que A.D. sufrió con anterioridad a 1964: el Movimiento de Izquierda Democrática (M.I.R.), idéntico desgaje jacobino al que experimentaron el Apra y el A.R.S., desprendimiento de pura índole burocrática. Superada hoy la crisis económica de los años 60-63 y consolidada la estabilidad institucional, parecería, por el contrario, oportuno predecir que el futuro de A.D. ofrece perspectivas halagüeñas.

Aquí de nuevo, sin embargo, es preciso examinar el valor que la ideología tiene en sí misma y traer a colación el efecto que sobre ella han ejercido las alianzas electorales que A.D. ha tenido necesidad de llevar a efecto por carecer de una mayoría absoluta. De una parte, sería posible elogiar tales alianzas políticas como demostrativas del carácter flexible y pragmático del movimiento *adeco*, empeñado en llevar adelante un proceso de desarrollo, sin demasiados remilgos ideológicos. El hecho de que A.D. estuviera unido durante el período de Betancourt con el partido social cristiano C.O.P.E.I. al que Betancourt había calificado antes de partido de derechas, falangizante y confesional (44) y ahora en la llamada Ancha Base haya preferido vincularse con las organizaciones opositoras del período --U.R.D. y F.N.D.-- pudiera invocarse como evidencia de ese pragmatismo creador. Si se profundizara aún más el análisis histórico, cabría ver en la coalición con el «uslarismo» (continuador de la política de Medina) un encomiable afán de poner fin a una querrela histórica y de poner juntos a laborar a los rebeldes y derrotados de 1945.

(44) RÓMULO BETANCOURT: *Pensamiento y acción*. México, Ed. e Imp. Beatriz de Silva, 1951, pág. 175.

De otra parte, empero, los hechos parecen indicar que no es posible realizar tan disímiles entendimientos sin producir un sustancial deterioro ideológico. La XV Convención Nacional de Acción Democrática celebrada en septiembre de 1965 puso de manifiesto la existencia de dos corrientes que se disputan la dirección del partido: una que pretende darle un sesgo más revolucionario y acorde con los objetivos para los cuales fue creado y otra que aspira con sentido moderado a continuar los actuales compromisos con vista a asegurar su permanencia en el Gobierno. Tales discrepancias pueden tener las más adversas repercusiones internas y externas. En cuanto a lo primero ya se ha señalado con acierto que A.D. no es ya, ni podrá seguirlo siendo, el partido ideológicamente unido que pareció ser después de los dramáticos desgarramientos sufridos en los últimos años. Respecto a lo segundo, es evidente que el partido puede experimentar un debilitamiento futuro en su capacidad de atraer a la juventud y al vasto sector de las masas independientes, las cuales podrían explicablemente sentirse desconfiadas o perplejas con relación a las verdaderas metas y programas que la organización patrocina.

Teniendo en cuenta esa situación y la probabilidad de que sea la segunda corriente la que predomine, pensamos que el porvenir de A.D. habrá de estar influido por dos factores, a saber: 1.º, su efectiva demostración como instrumento de modernización, y 2.º, su habilidad de lograr la preservación de su identidad como partido de izquierda revolucionaria, mientras el país sigue en desarrollo.

Tocante a lo primero conviene recordar que cuando la izquierda democrática volvió al Poder en 1959, la gran interrogante a despejar era la de si puede un Gobierno latinoamericano tener éxito en la tarea de modernizar el país, diversificar la economía, promover la industrialización y elevar el nivel de vida del pueblo dentro de un contexto político democrático. El dilema *eficacia vs democracia*, en otros términos, volvía a plantearse en suelo hispanoamericano. Después de siete años de gobierno no creemos que haya una respuesta concluyente que ofrecer, pero sí estamos seguros que hay margen para la esperanza. Una tasa de crecimiento de 6 por 100 en el ingreso económico nacional y un sostenido esfuerzo por redistribuir ese ingreso respaldan esa esperanza. Ahora bien, el que ella continúe materializándose después de la otra etapa del despegue y logre un crecimiento sostenido, habrá de depender en gran medida de la forma como A.D. transforme el aparato de la Administración pública y haga realidad la implantación de un sistema de mérito inmunizado de las vicisitudes políticas.

En lo que hace a lo segundo es factible pensar que un partido de izquierda revolucionaria está llamado a perder su identidad cuando se ve

sometido a la traumática experiencia de las coaliciones y los entendimientos electorales. Es posible también argüir que si un partido reduce al mínimo tales alianzas y las lleva a efecto con sentido de afinidad y consistencia, le es dable conservar su ideología y no afectar su original proyección. Los próximos dos años habrán de decidir en cuál de esas alternativas procede ubicar el caso de A.D.

IV

CONCLUSIÓN

De la anterior reseña parecería adecuado derivar la conclusión inicial de que el aprismo es una revisión del marxismo y A.D. una revisión del aprismo. Desde el punto de vista económico es sabido que la solución marxista presenta dos aspectos básicos: la nacionalización de todos los medios de producción y la planificación integral centralizada en el Estado. Ambos, como hemos visto, son recogidos por el ideario aprista y por el programa de gobierno de A.D., si bien el primero es limitado en su proyección y el segundo deja de ser integral al ser modificado respecto a su implementación.

Concerniente a la concepción marxista de la lucha de clases y de la identificación del aparato estatal con la clase obrera y campesina, ya hemos visto cómo los dos partidos, sin negar su fundamental ligazón con el sector proletario han procurado expandir su base electoral y atenuar el sentido hostil y destructivo de la tesis marxista. Conscientes de que la adopción de una postura extremista en este punto conduciría inevitablemente a agravar el conflicto racial, ideológico y político y que su resultado tendría que ser una imposible absorción o una cruel aniquilación, ambos movimientos han coincidido en paliar el sentido de beligerancia clasista imbebido en el socialismo revolucionario.

Mas la separación entre la izquierda democrática aprista y el marxismo responde no sólo, como apunta Kantor, a la necesidad de crear un programa político adecuado a las condiciones latinoamericanas (45), sino que es primordialmente, a nuestro juicio, una discrepancia en los principios. De una parte, el rígido dogmatismo de la doctrina de Marx y Lenin es sustituido por una ideología más pragmática y flexible. De otra, la tesis catastrófica y la apelación al uso de medios revolucionarios es reemplazada por una fe en la eficacia de los procedimientos de reforma por vía legal o, al menos en el

(45) H. KANTOR, *Op. cit.*, pág. 198.

aprisimo, por la conveniencia de agotar los medios pacíficos antes de acudir a medios más drásticos. En este sentido no hay duda de que el aprismo y A.D. entroncan con el socialismo democrático europeo, y de hecho han tomado el puesto de los raquíuticos partidos socialistas de América latina.

El reconocimiento de esas sustanciales divergencias conduce consiguientemente a la más razonable conclusión de que tanto el aprismo como A.D. son el producto de varias confluencias ideológicas. Hay en ellos, en efecto, una curiosa mezcla de materialismo y de espiritualismo, mezcla que Luis Alberto Sánchez puso de relieve con referencia al Apra (46) y que en A. D. es visible en los contrastes que se observan en su política educacional y religiosa; en cuanto a la primera las protestas de aceptación de la enseñanza privada encuentran poca acogida en los documentos oficiales que se dictan entre el Decreto 321 de 1946 y el actual proyecto de ley de Educación (47), reveladores todos de la aceptación de la teoría del «Estado docente»; en cuanto a la segunda, basta contraponer la promesa de Gallegos de 1947 («En cuanto a las creencias religiosas de la mayoría de los venezolanos os prometo un sola cosa: respeto») con las recientes restricciones a la entrada en el país de sacerdotes extranjeros (48).

Al propio tiempo se advierte en ambos partidos un plausible y trascendental intento de conjugar el marxismo y la democracia, es decir, de llevar adelante los objetivos de una economía crecientemente dirigida con la subsistencia de libertades civiles y Gobiernos representativos. Finalmente, es curioso observar cómo a pesar de la inclinación que Latinoamérica ha tenido por el intervencionismo estatal, ambas corrientes rechazan el transpersonalismo de las doctrinas totalitarias y tienden a mantener en escala humana el papel del Gobierno como agente de transformación social.

Desde el punto de vista histórico el Apra y A.D. ofrecen una marcada similitud en su forma de aparición; se apartan después ostensiblemente en su desarrollo y ahora vuelven a coincidir en el hecho de que tanto uno como otro se hallan confrontando una etapa crítica fundamentalmente determinada por las pugnas internas de carácter ideológico. En este punto conviene detenernos por un instante a fin de ponderar el hecho de que lo que puede constituir en principio una característica positiva, a saber, el sentido pragmático

(46) LUIS ALBERTO SÁNCHEZ: *Perú, retrato de un país adolescente*. Lima, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 1963.

(47) Vid. Mister X: *Una revolución que se perdió*. Buenos Aires, Editorial Venezuela, 1948, págs. 19 y 62.

(48) Vid. «Memorandum de la A.V.E.C.», S.I.C., año 28, núm. 279, noviembre 1963, págs. 420 y 426, y «Carta Pastoral de Monseñor Roa, Obispo de Maracaibo», S.I.C., año 28, núm. 278, septiembre-octubre 1963, págs. 346-349.

de la plataforma partidista, puede, sin embargo, convertirse en una seria desventaja si, como apuntamos antes, se lleva demasiado lejos en el orden político. Eso es así por virtud del doble valor que precisa atribuirle al sistema de creencias de una organización partidista: de una parte guía del pensamiento y acción de sus dirigentes, de otra factor de atracción del electorado. Es posible ser pragmático en el primer aspecto, pero es asimismo aconsejable no llegar al extremo de confundir la esencia de lo segundo.

Esas precauciones son especialmente atinentes cuando se estudia el caso de organizaciones partidistas que, como el Apra y A.D., han sabido dar vida a una mística ante los ojos de los sectores participantes en la vida política. Tal cosa no es extraña al medio social latinoamericano y en todo caso representa un saludable cambio respecto al caudillismo político de antaño. En este respecto cabe indicar incidentalmente que A.D. ha dependido menos de una dirigencia unipersonal que el Apra, pues mientras éste ha descansado, en buena medida, en el carisma de Haya de la Torre, aquél ha fiado más en la maquinaria política y en el programa a ofrecer que en las características de atracción personal de su máximo exponente. Cualquiera que sea, sin embargo, el valor de la mística, es indudable que dentro de un sistema político centrado en el sufragio de masas que se mueven por intuición y *élites* que se inclinan por emoción, no es prudente comprometer o adulterar el sentido de ella. Empero, la experiencia de los partidos en estudio durante los últimos años muestra que ambos han sido un tanto destinados en la consumación de coaliciones políticas y entendimientos electorales. La inconsecuencia con la ideología originaria ha sido tan marcada que un reciente estudio ha puesto de relieve como:

«Los rebeldes sociales del 28 y el 36 se han convertido —y es la historia uniforme del socialismo mundial y en particular del socialismo aprista criollo— en moderados conservadores de las posiciones logradas. Los partidos místicos se transforman en partidos electorales» (49).

Todo ello hace patente que cuando un movimiento revolucionario escoge el camino de las urnas, como han hecho Apra y A.D., una complicación adicional surge que es difícil, y al propio tiempo forzoso, vencer, cual es la de extender su base electoral sin sacrificios, de lo que constituye su identidad ideológica.

A nuestro juicio, el gran legado que el Apra ha dejado en la conciencia

(49) S.I.C. (Caracas), año 28, núm. 279, noviembre 1965, pág. 432.

política de Latinoamérica es el sentido de antiimperialismo realista y constructivo. Esa contribución es indudablemente más significativa que el intento de elaborar fórmulas indígenas adaptables a las peculiares condiciones de América latina. Mientras que, en este último sentido, ambos partidos han sido menos originales que abiertos a todas las ideologías preexistentes, en el primer aspecto han sabido superar una actitud de impotencia nacida del odio para darle un contenido positivo a su ideología.

En todo caso, es evidente que A.D. recoge la enseñanza antiimperialista e indoamericana del Apra y procura adecuar las mismas a la realidad social de Venezuela. El inevitable factor nacionalista cobra fuerza en la política de gobierno de A.D., pero la perspectiva socialista aún sigue en pie, reflejada en la lucha por producir una drástica, aunque gradual, transformación de la sociedad. El gran aporte de A.D. es el de constituir una experiencia nacional de desarrollo sin partido único y sin Gobierno autoritario. Sería posible argüir que ello ha sido factible por los ingresos derivados del petróleo y que, por tanto, el caso venezolano no es fácil de generalizar, pero, en todo caso, no hay duda de que ella sirve para cuestionar la validez de las predicciones recientemente formuladas por Heilbroner (50) y Neufeld (51), por ejemplo, sobre la necesidad de identificar la modernización con el establecimiento de regímenes autoritarios.

Cabe, pues, concluir en que el Apra y A.D. han servido para llenar el vacío creado por la debilidad de una corriente socialista democrática. El primero, influyendo sobre los movimientos reformistas, ya que en América latina, según se ha observado repetidamente, es indiscutible que los partidos con mayor gravitación de masas reconocen en su ideario ingredientes básicos cuya filiación puede remontarse a planteamientos originales del Apra. El segundo, demostrando en la práctica que es posible llevar a efecto un programa de desarrollo sin prescindir de los principios básicos de la concepción occidental de la vida política.

EFRÉN CORDOVA

R É S U M É

L'auteur nous offre une étude comparative des deux manifestations les plus importantes de la gauche démocratique en Amérique Latine, l'Apra au Pérou et Action Démocratique au Vénézuéla avoir situé la gauche démocrati-

(50) ROBERT HEILBRONER: *The Great Ascent*. Nueva York, Harper and Row, 1963, página 20.

(51) MAURICE NEUFELD: *Poor Countries and Authoritarian Rule*. Ithaca, Cornell University Press, 1965, *passim*.

que dans le panorama politique de la région, l'auteur ébauche brièvement l'histoire des deux organisations et donne ensuite un résumé systématisé des idéologies respectives dans les aspects politique, social et économique. A ce dernier effet, l'auteur s'efforce de rapporter ses recherches aux ouvrages classiques des fondateurs et notamment à Victor R. Haya de la Torre en ce qui concerne Apra. Une analyse est faite de l'évolution vers le centre de ces deux courants politiques, évolution d'autant plus significative que l'un de ces courants à atteint le pouvoir alors que l'autre à vu déjouer tous ses efforts pour y parvenir. Finalement, dans ses conclusions, l'auteur formule quelques hypothèses quant à l'avenir de ces deux organisations politiques.

S U M M A R Y

A comparative study is carried out between the two most important manifestations of the so called democratic leftwing party in Latin America, namely the Apra of Peru and Democratic Action of Venezuela. After locating the democratic leftwing in the political panorama of that region, the history of both organizations is briefly outlined and a systematized summary is given of their respective ideologies regarding political, social and economical aspects. To the latter effect a search has been made into the basic works of their founders, particularly in the case of the Apra, of Victor R. Haya de la Torre. The evolution towards the centre of each political current is later analyzed, which is considered especially significant since one of them has achieved power whilst the other has always been frustrated in its attempt to govern. Lastly, several hypothesis arose from the conclusions regarding the future of one and the other political organization.